



**El nuevo mapa  
informativo  
europeo**

José Francisco Sánchez

© Copyright 1990. Abadal Falgueras, Ernest; Amorós Pons, Anna; Arruti, Alberto Miguel; Azpillaga, Patxi; Azurmendi Adarraga, Ana; Bartolome Crespo, Donaciano; Casado, Manuel; Coca García, César; Corredoira y Alfonso, Loreto; De Bustos, Miguel; De Pablos Coello, José Manuel; Desantes Guanter, José María; Díaz Mancisidor, Alberto; Donsbach, Wolfgang; Esparza Estaun, Ramón; García Sanz, Rosa María; García Yrue-la, Jesús; Garitoanaindia, Carmelo; Guasch Borratt, Juan María; Giner, Juan Antonio; Ibañez Serna, José Luis; Iglesias González, Francisco; La Porte, María Teresa; López Escobar, Esteban; Lozano Bartolozzi, Pedro; Marín Murillo, Flora; Martín Algarra, Manuel; Martín Sabaris, Rosa María; Martínez-Costa, María del Pilar; Mejía, María Constanza; Merayo Pérez, Arturo; Moragas I Spa, Miquel de; Mouelle Lema, Manuel; Orihuela Colliva, José Luis; Peltzer, Gonzalo; Peñafiel Saiz, Carmen; Pérez Latre, Francisco; Pragnell, Anthony; Romero Gualda, María Victoria; Romero Rubio, Andrés; San Martín Beloqui, Joaquina; Sánchez-Tabernero, Alfonso; Sevillano, María Luisa; Soria, Carlos; Stoufflet, Jacques; Udina, Ernest; Uraybayen, Miguel; Vilarnovo, Antonio; Viñes Rueda, Hortensia; Wedell, George.

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

José Francisco Sánchez (Editor)  
Facultad de Ciencias de la Información  
Universidad de Navarra

ISBN 84-87146-43-0

Depósito Legal NA 1163-1990

Fotocomposición: Compomática AZUL. Iturrama 64. Pamplona  
Imprime: NAVEGRAF. Pol. Ind. Berriainz. nº 17. Berriozar.

Printed in Spain-Impreso en España

Este libro ha sido publicado bajo el patrocinio de Alcatel, S.A.

## UNA APORTACION EUROPEA A LA CIENCIA SOCIAL DE LA COMUNICACION

Manuel MARTIN ALGARRA

En su artículo acerca de las fuentes institucionales de la pobreza intelectual de la *Mass Communication Research*, John D. Peters hace un certero y al mismo tiempo desgarrado análisis de la crisis intelectual que atraviesan los estudios de comunicación<sup>1</sup>. «La comunicación —afirma Peters— ha llegado a ser definida no conceptual sino administrativamente. Cada departamento, escuela o universidad recrea el área según su propia imagen. La teoría fracasa como principio de definición, como fracasa también el intento de determinar la comunicación como un objeto distinto». En un sustancioso análisis histórico de la evolución institucional de los estudios de la comunicación, Peters deja claro que la comunicación como ámbito científico está aún sin desarrollar, a pesar de que los soportes propios para el desarrollo de una ciencia —escuelas y departamentos universitarios, congresos, publicaciones especializadas, etc.— proliferan por todo el mundo. Nos encontramos pues ante toda una estructura que carece de lo fundamental: contenidos.

¿Qué pretende estudiar la comunicación? ¿Cuál es el ámbito de la comunicación en los estudios universitarios? ¿Qué estatus profesional tiene el estudio de la comunicación? Sin duda alguna son preguntas que los graduados en Ciencias de la Información nos hemos hecho con alguna frecuencia sin encontrar una respuesta convincente. Wilbur Schramm —el gran defensor de la autonomía de la comunicación como ámbito científico— tuvo que enfrentarse al primer envite crítico hacia la comunicación cuando Berelson enunció en 1959 su famoso diagnóstico: «por lo que se refiere al estudio de la comunicación, la situación se está debilitando»<sup>2</sup>. Berelson consideró el estudio

de la comunicación como un tipo de investigación interesado por ciertas cuestiones. Por eso, cuando las cuestiones se agotaron, también se agotó el estudio de la comunicación, y buena prueba de ello es el hecho de que incluso aquellos que estaban considerados como los padres fundadores de la ciencia de la comunicación —Lazarsfeld, Lasswell, Hovland y Lewis— se desplazaron hacia otras actividades.

Si bien es cierto que el diagnóstico de Berelson acerca de la debilidad del campo no era sólido, no lo es menos que la réplica de Schramm no presentó la batalla en el mismo frente que Berelson, y desplazó los fundamentos de la discusión desde la fecundidad teórica —a la que se había referido Berelson— a la vitalidad profesional. Wilbur Schramm ejemplifica la vitalidad del campo con referencias a su propio calendario, lleno de ocupaciones: tesis doctorales, seminarios internacionales, etc. Y es claro que con su respuesta Schramm no ataja la crítica de Berelson, si bien deja de manifiesto la importancia que el campo tenía, y con ello expone de algún modo la necesidad del estudio sólido de una realidad que, como podemos comprobar en nuestros días, ocuparía un papel fundamental en la configuración de la sociedad.

Como sabemos, Berelson siguió el ejemplo de los padres fundadores: sin continuar con la polémica, abandonó la comunicación como ámbito de estudio para dedicar sus esfuerzos a otras materias. ¿Cuál era el fundamento teórico que quedaba a la maltrecha ciencia de la comunicación? Podemos encontrar la respuesta en uno de los escritos «teóricos» de Schramm: «En los Estados Unidos la investigación de la comunicación se interesa por todos los modos de intercambiar y compartir ideas e información. De este modo hablamos tanto de la comunicación colectiva como de la interpersonal. Hablamos de la palabra hablada, de la señal, del gesto, de la imagen, de la exhibición visual, impresa, y radiodifundida, de la película... de hacer el amor, de prestar un azucarero, de decir «buenos días», jugar, de vigilar que los hijos del vecino no pisoteen las flores... La investigación

de la comunicación está, pues, interesada en cómo ser efectivos en la comunicación, en cómo ser comprendidos, en cómo ser claros, en cómo utiliza la gente los medios de difusión, en cómo se pueden entender unas naciones con otras, en cómo puede emplear la sociedad los medios de comunicación colectiva para su mayor beneficio, y en general, en cómo funciona el proceso básico de la comunicación»<sup>3</sup>.

Es evidente que el defecto fundamental de esta definición del ámbito al que debe hacer referencia el estudio de la comunicación es la amplitud. No es posible estudiar de un modo sistemático y ponderado un ámbito científico de esa magnitud. La comunicación así entendida estaría presente en todo, y no es posible —va en contra de la misma naturaleza del conocimiento científico— hacer una ciencia de «todo». Pero más importante aún que la amplitud del campo definido es la carencia de un criterio configurador de ese campo: ¿Cuál es el criterio para determinar qué debe ser incluido y qué no dentro del ámbito científico de la comunicación? ¿Por qué incluir el prestar un azucarero y no incluir la relación de fuerzas entre los astros de un sistema solar o los elementos de un átomo de hierro? La misma formulación de los intereses de la ciencia de la comunicación, según Schramm, deja ver la carencia de solidez de su propuesta: la investigación de la comunicación está interesada en cómo..., cómo..., cómo... Bien, pero en cómo, ¿de qué? ¿Cuál es el objeto específico de la ciencia de la comunicación? Sólo respondiendo a esta pregunta se puede salvar la comunicación como ciencia de la dispersidad esterilizadora en que ahora se encuentra.

Y para responder a ella hemos de buscar fuera de la fuente de las obras de los padres fundadores de la ciencia de la comunicación. Por motivos que se deducen del carácter provisional con que se aproximaron al campo de la comunicación, es evidente que su aportación no se interesó por el estudio de la realidad social de la comunicación, sino más bien por las consecuencias que el fenómeno emergente de la comunicación tuvo en

una situación histórica y en una zona del mundo concretas. Es necesario, pues, lanzarnos en búsqueda de estribos en los que apoyarnos para «domar» el nuevo campo científico. Es, por tanto, necesario volver la vista atrás en busca del «eslabón perdido» ¿Nos ofrece el pensamiento europeo esos estribos? Es posible encontrar innumerables puntos de apoyo en el milenario pensamiento occidental: bien próximos a nosotros tenemos un grupo de pensadores que analizan a la luz de las aportaciones de la tradición intelectual europea la sociedad, la posibilidad de las relaciones entre los hombres y su fundamentación epistemológica y teórica, e incluso el todavía debatido estatuto científico de las ciencias sociales, entre las que obviamente se encuentra la ciencia de la comunicación.

A lo largo de los siglos XIX y XX encontramos un grupo de pensadores que, enraizados en la tradición europea, se plantearon estos aspectos. En las obras de autores como Mead, Park, Weber, Schutz o Burke podemos encontrar elementos sumamente sugerentes para llevar a cabo un estudio sólidamente fundado de las realidades comunicativas tanto en sus aspectos creativos como en los estrictamente sociales. Vamos a hacer referencia a la aportación de Alfred Schutz, que, recogiendo la aportación weberiana y dotándola de una fundamentación teórica basada en la Fenomenología de Edmund Husserl, crea una corriente de pensamiento social de primer orden.

Max Weber es el primer autor que estudia la sociología como un riguroso campo científico de investigación que siempre debe hacer referencia a la interacción humana<sup>4</sup>. Esta peculiaridad del enfoque weberiano de la acción social hace que el concepto de sentido subjetivo cobre una gran importancia, y esto hasta tal punto que se denomina método de la comprensión subjetiva al que utiliza el sociólogo germano para desarrollar su teoría social. Schutz vio en este enfoque la principal aportación de la obra de Max Weber y, llevado por el afán de rigor propio de un heredero de la tradición racionalista europea, criticó los numerosos implícitos que contienen las obras de Weber. No

obstante, lejos de desechar esas aportaciones, Schutz buscó el modo de dotarlas de un cimiento en la filosofía contemporánea. Así fue como se interesó por la Fenomenología como sistema sobre el que edificar una ciencia social comprensiva.

Muchos han considerado el esfuerzo schutziano no sólo inútil, sino esterilizador de la verdadera ciencia social<sup>5</sup>. Las críticas que Schutz vertió sobre el modelo naturalista de ciencia social fueron consideradas, y todavía lo son, como un ataque a la posibilidad de llevar a cabo una ciencia social objetiva, basada en la formulación explícita de determinadas relaciones entre un conjunto de variables según las cuales pueden ser explicadas claramente una clase de regularidades que observamos. Sin embargo Schutz no está en desacuerdo con esta afirmación. Mantiene que el desacuerdo viene cuando decimos que el *verstehen* (o comprensión) es «subjetivo». Es este último término el que se entiende mal. Los críticos dicen que la comprensión se llama subjetiva porque los motivos de la acción del otro hombre dependen de la intuición privada, inverificable o incontrolable del observador, o la refiere a su propio sistema de valores. Pero esto no es así: Max Weber llama a la comprensión «subjetiva» porque su meta es encontrar lo que el acto significa con su acción, y no lo que interpreta el «otro», sea éste un compañero o un observador, como mantienen los críticos del carácter subjetivo del *verstehen*.

El concepto de *verstehen* pone en primer plano la existencia de un problema epistemológico que la mayor parte de los científicos sociales no tienen en cuenta al hacer su ciencia. Este problema es básicamente el de la intersubjetividad y la comprensión del otro, que en el campo filosófico aún no ha sido resuelto. Se trata de un «escándalo filosófico» al que pensadores como James, Bergson, Dewey, Husserl y Whitehead se han aproximado o incluso han tratado de superar afirmando que el principio y el final del filosofar está en el mundo del sentido común, y en éste la comunicación no es un problema sino un hecho de experiencia y como tal indiscutible.

Schutz mantiene que el científico social puede trabajar ignorando los problemas derivados de la aceptación acrítica del hecho de la comunicación y de la comprensión del otro en la vida cotidiana, pero con esto ignora también que el propio pensamiento se está edificando sin suficientes garantías intelectuales. En este sentido, los científicos sociales pecan de «realismo ingenuo» al no enfrentarse con los problemas metodológicos y epistemológicos que plantea su trabajo. Para Schutz, la ciencia social no puede fundamentarse a sí misma. La epistemología no es pues un lujo, sino una necesidad para el científico social. Como mantiene Natanson refiriéndose a este tema, «el trabajo del filósofo consiste en la clarificación radical de las condiciones necesarias para la posibilidad del 'mundo' que explora el científico social. El sociólogo comienza donde el filósofo acaba»<sup>6</sup>.

El deslumbramiento sufrido por los humanistas en los albores del Renacimiento ante la exactitud de las ciencias naturales y bajo cuyo síndrome se encuentran aún las ciencias sociales, responde a un error de concepción, a una falta de sentido crítico por parte de sus cultivadores. «Las ciencias naturales —afirma Schutz— tienen que tratar con relaciones constantes de magnitud que pueden ser medidas y pueden llevar a cabo experimentos, mientras que ni la medición ni la experimentación son practicable en las ciencias sociales. En general se mantiene que las ciencias naturales tienen que tratar con objetos y procesos materiales, mientras que las ciencias sociales tratan con procesos psicológicos e intelectuales y que por lo tanto el método de las primeras consiste en explicar mientras que el de las últimas en comprender»<sup>7</sup>.

Otro punto de sumo interés es la distinción que Schutz señala entre la racionalidad propia de la ciencia y la racionalidad propia del mundo de la vida cotidiana. El científico social que no se plantea que el modo de enfrentarse a las realidades sociales en cuanto que científico tiene que ser distinto al modo en que lo hace en cuanto que participante en una relación social propia del mundo de la vida cotidiana, está trabajando de un

modo poco riguroso, impropio del pretendido carácter «objetivo» de la ciencia que practica. En este sentido afirma Schutz lo siguiente: «Todas las ciencias sociales dan por supuestas la intersubjetividad del pensamiento y de la acción. Que los otros hombres existen, que unos hombres actúan sobre otros, que la comunicación por signos y por símbolos es posible, que los grupos sociales, las instituciones, los sistemas legales y económicos son elementos que integran nuestro mundo de la vida, que éste tiene su propia historia y una especial relación con el tiempo y el espacio, son nociones implícita o explícitamente fundamentales para el trabajo del científico social»<sup>8</sup>.

Sobre estas realidades dadas por supuestas se levantan todos los instrumentos metodológicos —esquemas de referencia, tipologías, métodos estadísticos— que se usan para estudiar el fenómeno propio de cada ciencia. Los científicos sociales se empeñan en no separarse lo más mínimo de aquello que puede ser medido por medio de unos instrumentos metodológicos *ad hoc*, pero no caen en la cuenta de que, en su afán de construir una ciencia tan exacta como las ciencias naturales, están aceptando de un modo acrítico afirmaciones y postulados que no demuestran con una lógica objetiva y racional —científica— ni se remiten para su demostración al pensamiento de otros expertos<sup>9</sup> que hayan demostrado previamente la ausencia de contradicciones entre sus instrumentos metodológicos y los principios sobre los que éstos se fundan.

Y seguidamente se pregunta: «Pero ¿cómo es posible el mutuo entendimiento y la comunicación? ¿Cómo es posible que un hombre realice actos significativos deliberada o habitualmente, que se guíe por fines que están vinculados y motivados por ciertas experiencias? ¿No se refieren los conceptos de significado, motivos, fines y actos a ciertas estructuras de conciencia, a cierto acuerdo entre todas las experiencias del tiempo interior, a cierta sedimentación de lo vivido previamente? ¿Y no presupone la interpretación del significado del otro y del significado de sus actos y del resultado de éstos una autointerpretación del obser-

vador? ¿Cómo puedo yo, en mi actitud de hombre entre los hombres o como científico social, encontrar un enfoque para todo esto si no es recurriendo a un stock de experiencias reinterpretadas constituido por sedimentación dentro de mi propia vida consciente? (...) <sup>10</sup>.

La respuesta a estas preguntas aportará, sin lugar a dudas, no sólo una fundamentación sólida a las ciencias sociales desde una perspectiva fenomenológica, sino que en sí misma es el inicio de una ciencia de la comunicación arraigada en la tradición intelectual de la Europa moderna. Las ideas schutzianas, además de aportar conceptos como los de «intencionalidad», «stock de conocimiento a mano» o «corriente de conciencia», que son de gran utilidad para fundamentar filosóficamente las ciencias sociales, nos permiten distinguir entre la ciencia de la comunicación —que debe regirse por la racionalidad propia de un sistema científico— y la actividad o actividades comunicativas, que responden a esquemas también racionales, pero con una racionalidad distinta de la de la ciencia, que es la racionalidad del mundo de la vida cotidiana. Y a la actividad comunicativa —por no ser una ciencia— tampoco se le puede exigir la racionalidad propia de ésta: la comunicación, incluida la comunicación de mensajes informativos, es un elemento y un reflejo del mundo social. Cuenta, pues, con todas las características propias de las acciones realizadas en el mundo de la vida cotidiana: es intersubjetiva, comprensiva, contiene muchos elementos que se dan por sentados sin ser sometidos a una crítica rigurosa, etc.

La obra de Alfred Schutz es, pues, ejemplo de un posible punto de partida para superar el vacío teórico que padece la ciencia de la comunicación. En ella encontramos la necesaria vinculación con la tradición filosófica occidental de la mano de la Fenomenología. Nos ofrece soluciones filosóficas a problemas muy cercanos al de la comunicación, como es el caso del de la intersubjetividad, y una visión de las realidades sociales que permite encajar en ellas el fenómeno de la comunicación como un elemento de vital importancia.

## NOTAS

1. Cfr. J. D. PETERS, «Institutional Sources of Intellectual Poverty in Communication Research», *Communication Research*, vol. XIII, 1986.
2. Cfr. B. BERELSON, «The State of Communication Research», *Public Opinion Quarterly*, vol. XXIII, 1959.
3. W. SCHRAMM, *Communication Research in the United States*, in W. SCHRAMM (ed.), *The Science of Human Communication: New Directions and New Findings in Communication Research*, New York, 1963.
4. Cfr. R. GRATHOFF, «Introduction», to Richard GRATHOFF (ed.), *The Theory of Social Action. The Correspondence of Alfred Schutz and Talcott Parsons*, Bloomington, 1978.
5. Cfr. B. HINDESS, *Phenomenological Sociology of Alfred Schutz, Economy and Society*, vol. I, 1972.
6. M. NATANSON, «Foreword» to Richard GRATHOFF (ed.), *The Theory of ...*, p. XV.
7. A. SCHUTZ, *Collected Papers I*, The Hague 1962, p. 49.
8. *Ibid.*, p. 116.
9. Cfr. A. SCHUTZ, *Collected Papers II*, The Hague, 1964, pp. 120-134. Puesto que el «experto» no puede enfrentarse a todos los ámbitos del saber con la racionalidad propia del científico, en cuanto que tal experto, puede remitir a otros expertos la explicación de problemas o fenómenos que se presentan en su trabajo y cuya solución le alejaría de sus intereses inmediatos.
10. A. SCHUTZ, *Collected Papers I*, p. 117.

## **José Francisco Sánchez**

La crisis de los monopolios informativos estatales y la entrada en escena de las grandes empresas privadas, la desregulación de las telecomunicaciones, la influencia decisiva de las nuevas tecnologías, la internacionalización de la información, los problemas lingüísticos y culturales, la formación de los nuevos profesionales de la información en Europa son algunos de los asuntos que se abordaron, desde diferentes puntos de vista en las IV JORNADAS INTERNACIONALES DE CIENCIAS DE LA INFORMACION, celebradas en la Universidad de Navarra los días 9 y 10 de noviembre de 1989.

Se recogen aquí las ponencias y comunicaciones, procedentes de todas las Facultades de Ciencias de la Información españolas y de centros similares en el extranjero.

La edición ha corrido a cargo del profesor José Francisco Sánchez, de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra.



SERVICIO DE PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S.A.

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACION